

RECENSIONES

SIETE ENSAYOS SOBRE EL ROMANTICISMO ESPAÑOL, por Pedro Romero Mendoza. Tomo II. Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial. Cáceres 1966.

Hace ya bastantes años, Pedro Romero Mendoza, Director de nuestra revista, obtuvo el importante premio «Conde de Cartagena», otorgado por la Real Academia Española a estudios literarios de relevante mérito. La obra premiada, cuyo título puede el lector ver encabezando estas líneas, era poseedora con abundantes creces, de dicho mérito y hacía justo el galardón. Por su extensión, por su profundidad, por su propio estilo literario, castizo y sobrio a la vez y por la agudeza y criterio de los juicios, con los que el lector puede estar o no conforme — y si tiene una buena formación literaria lo estará casi siempre — pero no desconocer que responde a un estudio minucioso y completo de la cuestión.

En 1963 se publicó el primer tomo de esta obra, que editan los Servicios Culturales de la Diputación cacereña; tuve el agrado de comentarlo en estas mismas páginas de ALCANTARA (número correspondiente a dicho año) y todo lo que dijera del segundo, que se ha puesto a la venta tres años después, no sería sino una repetición de los conceptos que allí estampé. Romero Mendoza es, sobre todo, un formidable lector y como consecuencia un especialista de la literatura. Falta la palabra terminada en — *logo* que cualquier disciplina tiene y de que por paradoja carece el investigador literario, porque no podríamos decir literólogo, ni tampoco *logólogo*, que quizá fuera la más adecuada deducción helénica. Dejémoslo en erudito, pero sin el ribete de ironía y de descrédito que esta palabra tie-

ne entre muchos cultivadores activos de las letras, a los cuales parece que desazona que haya quien lea mucho y sepa digerir lo leído, sacarle sus jugos y asimilarlo para luego juzgar sobre ello con conocimiento de causa.

De estos siete ensayos, el primer tomo ya aludido, contenía cinco, titulados «Ambiente romántico», «Origen, caracteres y fases del romanticismo», «Larra y la prosa costumbrista», «Poesía romántica» y «Teatro». Quedaron para este segundo tomo, tan voluminoso o más que el primero, dos ensayos más, dedicados a la *Crítica Literaria* y a la *Novela*, respectivamente.

La primera objeción que habríamos de poner a esta distribución es una desigualdad de volumen poco lógica, no sólo porque los cinco primeros ensayos son notoriamente más cortos que los dos últimos, sino porque lo más importante que tiene el Romanticismo, a mi juicio particular por supuesto, es la poesía épica y lírica y el teatro, y no la *Crítica*. Esta última es género poco apropiado para el romanticismo, en cuya época no existía la juiciosa investigación y el sosegado examen que requiere una crítica depurada e imparcial. Tampoco la novela alcanzó en el período romántico las cumbres ni estilísticas ni psicológicas que ha logrado en nuestras letras después, es decir, en los últimos noventa o cien años, fuera ya de la escuela literaria que nos ocupa.

Esto queda demostrado, por lo que respecta al primer ensayo de este segundo tomo, sexto del total, al pasar revista a los nombres que encabezan los capítulos, nombres generalmente mediocres: Luzán, Lista, Martínez de la Rosa, Hermosilla, etc. etc. En general el Romanticismo produjo mucho mejores autores

que críticos y éstos, no se salvaron de la naturaleza pleonástica y exagerada del espíritu decimonónico. Los autores que protagonizaron varios géneros, tales como Larra, Donoso, etc., dieron mejores frutos cuando actuaban en la arena que cuando comentaban desde la grada.

En cuanto a la novela, es el propio autor quien reconoce en el capítulo II y en el XIII del séptimo ensayo a dicho género dedicado, la escasa calidad del parnaso nacional en este período, cuyos productos no son sino imitaciones no demasiado afortunadas de los maestros extranjeros del género; casi todo son narraciones de carácter histórico, desprovistas casi en absoluto de auténtico ambiente de la época, el cual se suplía con la imaginación del novelista, ciertamente no escasa. «Quitad — dice Romero (Pág. 399) — el *Doncel* de Larra y *El Señor de Bembibre* de Gil y Carrasco, y lo demás que se escribió, bien merecido tiene el olvido». Nosotros añadiríamos algunos nombres más a estas dos excepciones, pero no muchos. Si pues, el valor de la novela romántica española es más bien escaso, no parece lógico dedicarle un número de páginas muy superior al de la poesía o del teatro.

Dejando aparte esta objeción, meramente cuantitativa, me parece admirable todo lo demás. Lo es sobre todo el merísimo trabajo que supone el análisis de tantas obras y autores, muchos de ellos perfectamente desconocidos en las antologías usuales, y la investigación de otras opiniones sobre los mismos, juiciosamente aquilatadas a su vez.

Hemos de repetirlo, para los que no leyeron nuestra reseña de la primera parte de este libro. Uno de sus principales valores es la amenidad y diligencia, ya que no excesivo cariño, con que hasta los autores más olvidados y las obras menos notables son tratados en este trabajo, que se lee con verdadero agrado y con interés creciente. Contribuye a ello la prosa clara y correcta y el metódico plan de exposición de materias que en otra obra menos pensada resultarían de farragosa y árida lectura. Un libro crítico de tal volumen, que se lee con la fruición de una novela, no es pequeño mérito en

Pedro Romero Mendoza, cuya gran labor literaria y lingüística entendemos que va siendo poco conocida y peor agradecida por sus contemporáneos.

— o —

CINCO CANONIGOS CESARAUGUSTANOS, por Francisco Fernández Serrano. Separata de la revista «Zaragoza», tomo XXIV, 1966.

Asombra y al mismo tiempo entristece considerar la enorme cantidad de ingenios o talentos que la Humanidad ha producido en épocas distintas y que hoy yacen sepultados en el olvido y en el anónimo, sin otra esperanza que la de que, alguna vez, un erudito curioso, los saque a luz, siquiera efímeramente, sacudiendo el polvo y las telarañas de los siglos. Estos ingenios vivieron, trabajaron, pensaron, se consumieron en la investigación y en la ciencia. Y su esfuerzo al correr de los siglos cayó en la nada o poco menos.

Por eso es de loar que existan eruditos como los que he citado que dediquen un esfuerzo a sacar del olvido y presentar ante el lector de hoy a tales pensadores que en su tiempo rindieron valiosos servicios a la ciencia, a la política o a la religión y que aun están en disposición de servir algo si se conservan sus obras y si no, cuando menos son acreedores al agradecimiento de una rememoración.

A tal labor corresponde el opúsculo que nos ofrece Francisco Fernández Serrano, ilustre sacerdote extremeño radicado desde hace mucho en Zaragoza, en cuyo cabildo archidiocesano desempeña un elevado cargo, muy en consonancia con sus gustos.

Estos cinco canónigos cesaraugustanos, en primer lugar, el doctor Pedro Serrano, que lo fue de la Seo de Zaragoza, distinguido teólogo del Concilio de Trento; Clemente Garcés, canónigo del Pilar en 1550, muerto como el anterior durante las sesiones del sínodo ecuménico tridentino; Pedro de Nava, prior del Pilar, también muerto eu Italia tras su actuación en el mismo concilio; Mateo Pascual, arcedian de Daroca en la Seo y finalmente Pedro Morcat, oscense, pese a su apellido catalán, también padre del

Tridentino y el único de los cinco que murió en la patria.

Un trabajo valioso de nuestro querido paisano, precisamente meritorio por la escasez de las fuentes y el subido interés de los biografiados, que constituyeron, junto con otros nombres de todos conocidos, la gloriosa aportación española al celeberrimo Concilio.

- o -

PEDRO DE VALDIVIA, un español en Chile. Por el Dr. M. E. de Carmona. Comentarios preliminares del Conde de Canilleros. Diz, ediciones y publicaciones. Barcelona-Madrid, 1962.

No es muy abundante, que digamos, la bibliografía sobre los grandes conquistadores de América, esa estirpe de titanes que, a haber nacido en cualquier otro lugar del globo, se habrían escrito sobre ellos verdaderas montañas de libros. El más insignificante explorador inglés o francés del siglo XIX arrastra en los catálogos bibliográficos mundiales más títulos que los «dioses» extremeños o no extremeños, según aquella afortunada expresión que sin embargo molesta a mucha gente, incluso dentro de España. Únicamente en el transcurso de la Historia Alejandro Magno y su formidable marcha hacia el Este podrían ponerse en parangón con la gesta impar de estos conquistadores.

No faltan desde luego biografías de cierto valor científico, aunque insuficientemente documentadas, salvo en el caso de las dos figuras más conocidas, Cortés y Pizarro. Los demás titanes puede decirse que están prácticamente inéditos a los efectos de la difusión universal de sus vidas. Escasean, desde luego, obras como la que estamos comentando que, fuentes auténticas, nos muestren la existencia de aquellos hombres de excepción con un sentido humano y anecdótico, en forma de biografía novelada, si no novelesca. Quiero decir relatos que no se limiten a la exposición fría de los acontecimientos, sino que, no inventando nada y sin modificar en un punto los hechos históricos, cautiven la atención del lector, proporcionándole un solaz instructivo, noble y ameno.

Este es a mi juicio el acierto grande de esta nueva biografía de Pedro de Valdivia, el coloso de la Serena, la espada más pura de América, el hombre que, no solo no sacó provecho material de sus empresas; sino que se arruinó por ellas y que, para coronar de una manera más noble su larga cadena de dificultades externas e internas, murió mártir de su propia epopeya, con la espada en una mano y la antorcha de la civilización en otra.

Pero no hemos de desflorar, como dice el prologoista, los conceptos que tan acertadamente explaya Miguel Enrique de Carmona a lo largo de los 14 capítulos de su obra. Solamente hay que insistir en el agrado con que se lee y el interés que despiertan los episodios, por otro lado sobriamente expuestos, sin alharacas verbales, ni frases sensacionalistas a las que tan acostumbrados nos tiene el periodismo de hoy. Esta obra, que va ilustrada con la magnífica estatua ecuestre que del conquistador y padre de la república de Chile realizó el escultor español y extremeño Pérez Comendador, merece los mayores plácemes por lo que es y por lo que representa. Y no hemos de regateárselos al autor que tanto primor y trabajo ha sabido ganarlos.

- o -

PLANO GUIA DE CACERES, por Fernando García Figueroa. Dibujos de Juan Jiménez Merino y Gonzalo Candilejo Japón. Cáceres 1968.

Este tomito, de primorosa y durable encuadernación, constituye un valioso auxiliar práctico para cuantas personas habitan la secular ciudad y para los visitantes de la misma.

Lo más notable de él es el completísimo plano de la ciudad y de sus alrededores, desarrollado en una forma original y muy útil y delineado con extraordinaria claridad. Acompañan al plano una completa guía de cuantos establecimientos de interés posee Cáceres, cuidadosamente ordenada e impresa, y por último, aunque en el tomo aparezca al principio, el Callejero de la ciudad, con referencias al punto del plano donde se encuentra cada vía.

Todo ello va precedido de una corta

explicación sobre Cáceres, su historia, su folklore y su arquitectura. Hay un itinerario para visitar la ciudad monumental con escuetas pero suficientes referencias a cada una de las casas y monumentos. Únicamente ha faltado acierto al mencionar las referencias históricas, que están sacadas de folletos de hace treinta años, durante los cuales ha progresado mucho la investigación de los orígenes y vicisitudes de Cáceres, cayendo en descrédito especies que a la sazón figuraban como demostradas. Tales el poblado *ibero*, la fundación por Balbo, los nombres Cazires y Alcázares, la supuesta destrucción por Leovigildo y las no menos supuestas reconquistas antes de 1150.

C.C. S.

- o -

«MOTIVOS EXTREMEÑOS», por Tomás Martín Gil.

Vamos a consagrar unas líneas - no exentas de emoción - al esclarecido cacerense don Tomás Martín Gil que, con su actuación en todos los órdenes y con su obra, alcanzó un singular prestigio durante su existencia.

Lo hacemos con motivo de la aparición del libro «Motivos Extremeños», colección de trabajos que se insertaron en los periódicos de Cáceres «La Montaña» y «Extremadura» y en «Hoy» y «Revista del Centro de Estudios Extremeños», de Badajoz, originales del señor Martín Gil, polígrafo cacerense fallecido hace 21 años.

Fue Martín Gil una de las figuras más sobresalientes de las letras extremeñas de los últimos tiempos; nació en 1892, en la episcopal ciudad de Coria, capitalidad de la comarca del Alagón, que ahora se muestra con vida muy pujante y el más halagüeño porvenir.

Licenciado en Ciencias Exactas, profesor, Jefe Provincial de Estadística, escritor e investigador, pintor, fotógrafo, etc., bien puede decirse que el estudioso escritor cauriense abarcó todos los aspectos relacionados con las ciencias, las letras y las artes.

Martín Gil era hombre bueno a carta cabal, cultísimo y sencillo, pleno siempre

de las más nobles inquietudes. A él se debe la fundación, con los poetas Bravo, Canal y Delgado, de esta revista literaria, que acoge, como es bien sabido, la literatura de creación de Extremadura con las mejores firmas y también la de los que se inician y que se viene publicando bajo los auspicios de la Diputación Provincial de Cáceres.

Martín Gil, que dejó una obra importante en diversas publicaciones periódicas, murió joven, en 1947, en Cáceres, su Cáceres amado, cuando más podía haber dado frutos de su talento como escritor e investigador.

Ahora reaparece sus «Motivos Extremeños», que han sido agavillados por sus familiares, rindiéndole el mejor homenaje.

Los trabajos son jugosos y espontáneos. Están escritos con cariño hacia lo extremeño en forma directa, suelta, fácil, viniendo a constituir una exaltación de esta tierra, que, como se suele decir, el escritor conocía al dedillo, como pocos, ya que la había recorrido toda y la llevaba prendida en su corazón.

Como dice el poeta Delgado Valhondo, «Motivos Extremeños», es un libro entrañable. En el mismo están agrupados «Temas diversos», «Bibliografías», «El folklore extremeño» (canciones populares), «Arte», «Historia», «Arqueología», «El arte en Extremadura», «Excursiones a viejas ermitas» y «Rinconillos de nuestra historia».

El libro aparece ilustrado con excelentes fotografías que contribuyen a enriquecerlo y a hacer que se meta más por los ojos.

Los que no conocieron la tarea tan amplia como amena de Martín Gil, después de leer este volumen, tendrán que sostener que nada de Extremadura le era ajeno. La vieja región conquistadora debe mucho al magnífico escritor por su decisiva contribución al renacer actual, que ahora se acusa con signos bien ostensibles.

«Motivos Extremeños» - que ha visto la luz pública merced al patrocinio de la Diputación Provincial de Cáceres cumpliendo con ello su alto cometido cultural - es un libro que gana y hace al lec-

tor entusiasmarse con la región extremeña, ya que sus motivos han sido expuestos en un estilo directo e inconfundible, el más adecuado para divulgar todo lo bueno que encierra esta parcela, dicho por un escritor digno de figurar por derecho propio con puesto señero en los anales de la literatura española.

En esta referencia bio-bibliográfica hemos de ocuparnos del prólogo de la obra. Este es debido al conocido investigador Conde de Canilleros y de San Miguel —escritor, historiador y Académico— que ha escrito un ajustado apunte de Martín Gil.

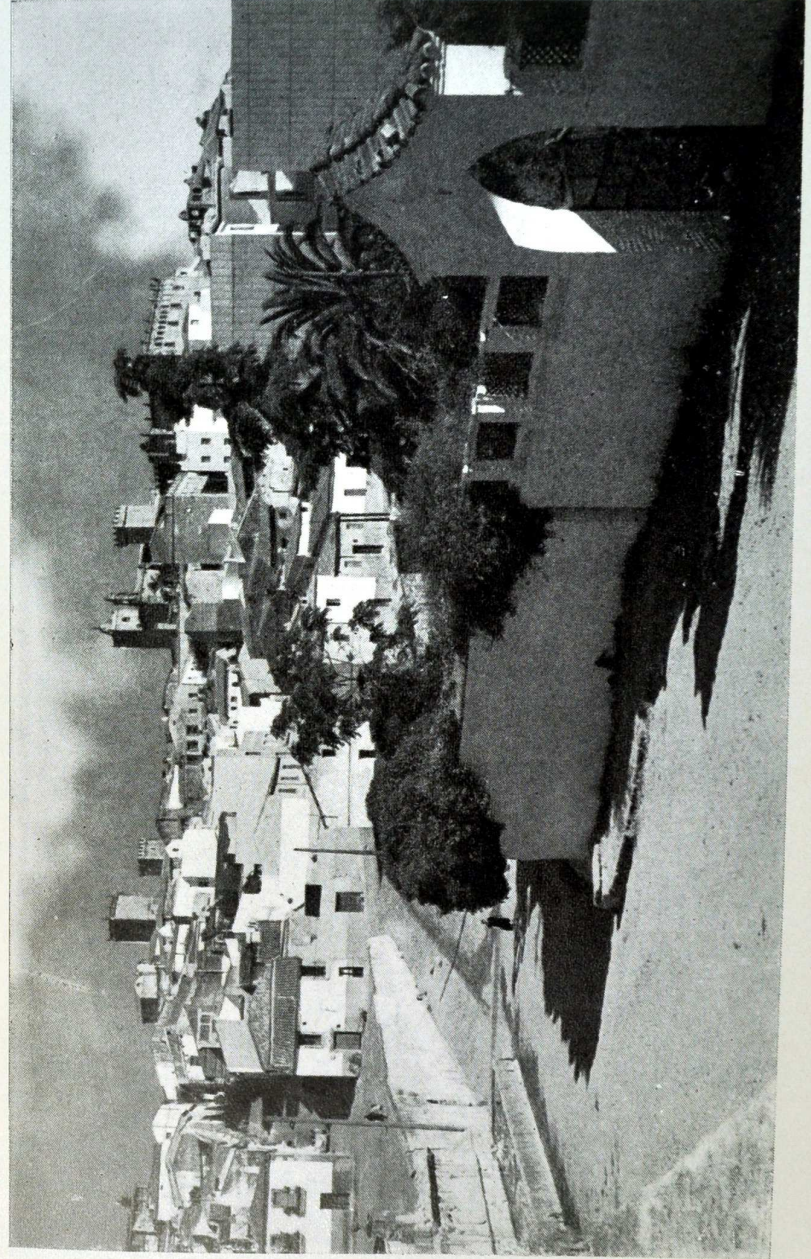
No podemos terminar este trabajo sin hacer mención a que don Tomás Martín Gil fue lo que se dice un verdadero

impulsor de la vida literaria de Extremadura.

En el aspecto literario de su intensa actuación, de su existencia noblemente vivida, como quería Ortega y Gasset, hay que resaltar especialmente que fue nuestro primer Director, que echó las raíces de «Alcántara», donde dejó su impronta marcando la trayectoria a seguir.

Por ello, aprovechando la alta ocasión de la aparición de «Motivos Extremeños» e interpretando el sentir de cuantos hacemos «Alcántara», es obligado recordar fervorosamente a quien dirigió esta publicación con insuperable acierto en los tiempos fundacionales.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS



ALBUM EXTREMEÑO.—Vista parcial de Cáceres. (Foto F. I. T. E. R.)